

Metamorfosis del tiempo

o el círculo de la existencia en la poética de Giovanni Quessep¹

Rosmary Pacheco Díaz
Universidad de Cartagena

Resumen

En el presente trabajo se realiza una aproximación a la poesía de Giovanni Quessep a partir de las imágenes que enmascaran la angustia del ser ante la realidad de la existencia. Se analiza, además, la simbología de la luna como imagen optimista del tiempo, el hilo como elemento de burla temporal, el abismo y la gran epifanía de la angustia temporal, así como la memoria y el olvido como imágenes renovables del tiempo mítico.

Palabras clave: mito, angustia, tiempo, memoria, olvido, renovación.

Abstract

This paper analyzes the poetry of Giovanni Quessep taking into account the images that start from the anguish of the human being when facing his real existence. I also analyze the symbolism of the moon (as an optimistic symbol of time), the abyss and the great epiphany of anguish. It also studies memory and oblivion as renewable images of a mythical time.

Key words: myth, anguish, time, memory, oblivion, renovation.

¹ Este artículo hace parte de la investigación titulada *Giovanni Quessep, por los subsuelos míticos del alma*, trabajo de grado presentado para optar al título de Profesional en Lingüística y Literatura de la Universidad de Cartagena (2009).

Recibido en marzo de 2009; aprobado en junio de 2009.

La arquitectura temporal en la obra de Giovanni Quessep² se proyecta a través de diversas imágenes como el otoño, el agua, el hilo, la rueda, el abismo, el laberinto y la sombra, que interactúan con figuras como el pájaro y la luna. Algunos poemas hacen referencia al tiempo cotidiano: la noche, el día, el mediodía, la tarde, el ayer. El tiempo sufre también una metamorfosis con la que alcanza dimensiones eternas, o se convierte en lugar donde se interceptan los mundos subyacentes y se fusiona con el espacio de la memoria y el olvido, la ensoñación, la fábula y la leyenda: lugares imperceptibles a los sentidos, como la nada. Al analizar este enjambre imaginario, podemos descubrir e interpretar la filigrana de la que el poeta se sirve para hilvanar el eje temático del ser y de la existencia en sus dos instancias: vida y muerte. Podemos observar en toda esta poética la rebelión del tiempo mítico contra el tiempo profano o cotidiano.

Para ilustrar la metamorfosis del tiempo en Quessep recurriremos a versos de varios poemarios, versos que nos darán un panorama más claro de la fidelidad de las imágenes poéticas a arquetipos y simbolizaciones. En un recorrido que va desde su segundo trabajo, *El ser no es una fábula* (1968), hasta *Las hojas de la sibila* (2006), observaremos igualmente cómo el poeta perpetúa las mismas imágenes en cuanto al tema del horror y la angustia del ser ante el tiempo³.

Luna y tiempo: noche y oscuridad

El simbolismo lunar, según Durand, está estrechamente ligado a la obsesión del tiempo y la muerte, y es por ello que la luna desempeña un papel protagónico en los mitos cíclicos: “Mitos del diluvio, de la renovación, liturgias del nacimiento y el crecimiento, mitos de la decrepitud de la humanidad, todos se inspiran en las fases lunares (...) La luna es a la vez muerte y renovación, oscuridad y claridad, promesa en medio de las tinieblas” (Durand, 2005: 304). La luna, en la obra poética de Giovanni Quessep, marca el paso del tiempo que yace incrustado en la leyenda: “Pasa el fabulador; después vendrá la luna/ y se irá con la mano que la hizo de leyendas” (“Brasa de silencio”, 357). La luna se presenta como una imagen dinámi-

² Poeta colombiano, nacido el 31 de diciembre del 1939 en San Onofre (Sucre). Su poesía ha sido objeto de innumerables elogios, premios y distinciones, entre los que destaca el Premio Nacional de Poesía José Asunción Silva (2004) como reconocimiento a su vida y obra.

³ Los poemas citados en este artículo proceden de la poesía reunida bajo el título *Metamorfosis del jardín (1968-2006)* (Quessep, 2007).

ca, dotada de un nostálgico movimiento, que marca cambios y completa ciclos inexorables: “La *luna* es un país que ya se ha ido/ lleno de arena y ciervos voladores,/ allí tuvo su azul, como nosotros,/ su *noche oscura* (“A la luna”, 380. Las cursivas, de ahora en adelante, serán nuestras).

El poeta se refiere a una luna ausente cuyo recuerdo fugaz, como parte de un pasado (cual arena o polvo), se esparce y desaparece aéreamente. Destino semejante al del hombre, en cuanto contienda con el tiempo que lo conduce a esa noche oscura. Momento de morir: es esta “*luna airada/ que por el alma vuela,/ telar de una escritura/ que nos desvela*” (“Madrigal de la luna”, 157). La de Quessep es una luna que brota de las entrañas del poeta: “Luna airada, que por el alma vuela” (157). Proviene del mismo lugar de las figuras de la imaginación, de los subsuelos del alma, y fluye en armonía con otros símbolos para dar origen a la sinfonía de lo imaginario: “El poeta va por el castillo interior donde se unen los cuatro puntos cardinales de lo ilusorio y lo real. A ellos corresponden, en la escala de la imaginación, el aire y la *luna*, la llama y los espejos” (“Mito y poesía”, 287).

La luna interactúa en unanimidad con los elementos de lo ilusorio: yace también suspendida en los aires y emite un haz de luz que penetra en el ser y revela la desolación de los instantes en que el poeta contempló un paisaje, un tiempo que escapó con prontitud: “¿Quieres que sea la *luna* quien te *alumbre?*/ ¿La *luna desolada* de los bosques;/ aquella rama que miramos juntos/ cuando *pasaba* el lobo entre las hojas?” (“Fabulilla del lobo y la luna”, 359). La luna tiene su propio espejo, “espejo lunar”, un túnel inventado en el tiempo del cuento: “No podrías, te vas como te ibas/ por *tu espejo lunar*, por tu otra orilla./ Me cuentas y te *cuento*, oh virgen de las fábulas” (“Virgen de las fábulas”, 367). El poeta proyecta en la luna el tiempo que está en constante despido, que aparece y desaparece.

Hilo, tiempo y muerte: la hilandera, la rueca y Penélope

El paso del tiempo bajo la pluma de Quessep enmascara el horror y el desencanto ante el depredador temporal. El poeta introduce una hilandera cuya madeja transita por su poesía cantando, hilando y halando el cántico de las horas. A través de esta imagen mítica, el tiempo se acorta cuando la hilandera teje, se alarga cuando desteje la madeja: “La *hilandera* del puerto/ ha cantado a la sombra de los verdes clemones, /la canción de las barcas/ el cántico de las horas” (“Desvanecerse”, 254) Esta hilandera emerge

de un simbolismo fúnebre y universal, una especie de divinidad atadora, una divinidad de la muerte que hala y ata a los hombres hasta conducirlos al final. Eliade, citado por Durand, nos dice:

(...) con Yama y Nirti las dos divinidades védicas de la muerte, estos atributos de atar no sólo son importantes sino constitutivos mientras que Varana sólo accidentalmente es un dios atador. Asimismo Urtra el demonio es aquel que encadena tanto a los hombres como a los elementos. Los lazos, las cuerdas, los nudos caracterizan a las divinidades de la muerte (Durand, 2005: 111).

Quessep labra con delicadeza el hilo fúnebre. La presencia de la muerte es bella, afinada en la sonoridad de las palabras que no invocan el espanto ni el horror ante la hora de la partida, pero extrañamente los hacen flotar en la atmósfera. Esta eufemización la podemos apreciar en uno de los poemas de *Un jardín y un desierto* (1993): “La muerte se hace bella en lo que espero/ y en el cristal da el polvo, ¿en él florece?/ la *hilandera* que *hila* en el pasado/ *hila* también el fruto de esta hora” (“Fruto”, 265). Es claro que Giovanni Quessep se inclina más por reflejar la naturaleza del arquetipo de la muerte, matizando el desencanto y ocultando la angustia y el dolor, en una ironía estética. Otro poema totalmente nocturno y mortuorio es “Tejido”, del que las imágenes emergen luminosas:

Si tuviese tus ojos, *hilandera*,
podría ver lo que jamás he visto:
hilos de plata, *hilos* de oro, *hilos* de seda
moviéndose en mis manos
para *tejer* las cuatro estaciones,
especialmente la primavera
o el *otoño* que todo lo acaba;
vería el agua correr por la *madeja*
y torres en el fondo de las *barcas*
o miraría en la *rueca*
las bellas formas que ya son el *hilo*
en que siempre la *muerte* nos espera
el *hilo* de plata, el *hilo* de oro, el *hilo* de seda

(“Tejido”, 266).

En el anterior poema, la imagen del hilo aparece acompañada por otras sugerencias como el otoño, la estación de descenso, el tiempo en que las

hojas caen y el final se aproxima; las barcas fúnebres, que esperan pacientemente conducir a su pasajero; la rueca, que no cesa de producir el hilo que le sirva al tiempo para atar y escribir la historia: “Nadie sabe los *hilos* de la historia/ que gira en la ventana,/ ni el viento azul, ni la terrible noria” (“Umbral de la muerte”, 268). Quessep juega con el tiempo, evocando la mitológica hilandera que teje y desbarata lo tejido para volver a tejer. Penélope que se burla del tiempo y logra vencerlo: “Dime el secreto de tu voz oculta/ la fábula que *tejes y destejes*/ dormida apenas por la voz del hada/ blanca *Penélope*” (“Canto del extranjero”, 134). Expresiones como “(...) Busca el hilo que se teje en los míticos tapices” (“La hora de vivir”, 403); “y el hilo de las horas que nos lleva por su imposible laberinto./ (...) / Naves hay que destejen la hora del vivir y del soñar” (“De la infancia”, 404), “grabaste que hay jazmines, nocturnos, y que hay ruelas que tienen nuestro nombre hilado desde siempre” (“En el nácar del bosque”, 412), forman parte de un modo muy particular de contemplar el tiempo.

Abismo, tiempo y muerte: el caos y las tinieblas

Esta nueva faz del tiempo es, según Durand (2005), invocada tradicionalmente bajo la forma arquetípica del caos o el abismo (del griego “*abysos*”, que significa “sin fondo”). El *Antiguo Testamento* se refiere al mar universal que envolvía todo lo existente (Vila Escuin, 1985). Tiempo antes del comienzo “la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas” (*Génesis*, I, v. 2). Es esta valoración negativa del movimiento brusco, que ofrece la imagen caótica del abismo, la que encierra los horrores del tiempo y comparte vigor con imágenes como las de la caída: “A nuestro juicio, la tercera gran epifanía imaginaria de la angustia humana ante la temporalidad debe ser suministrada por las imágenes dinámicas de la caída” (Durand, 2005: 117).

Los ángeles caídos están condenados al abismo: “y prendió al dragón, la serpiente antigua que es el diablo y Satán y lo ató por mil años, y lo arrojó al abismo, y lo encerró y puso su sello sobre él para que no engañase” (*Apocalipsis*, XX, v. 2). El abismo es concebido como lugar caótico de tormento custodiado por el “ángel del abismo cuyo nombre en hebreo es Abadón, y en griego, Apolión” (*Apocalipsis*, IX, v. 11). Veamos cómo ocurre en la poesía de Quessep el arquetipo caótico: “Quizá un tiempo

dorado reine/ Por los abismos” (“Madrigal de la muerte”, 138). La luminosidad, ahora abismal, vuelve a ser la herramienta eufemizante. El poeta deja entrever el alcance de la plenitud al llegar al descenso definitivo. Sólo entonces podremos tener alas y ser verdaderamente libres para ascender y vencer la agresión temporal que nos acerca a la muerte:

La hora de vivir,
de tener *alas*
sobre el *abismo* azul oscuro reina
con su cetro de ortigas en el aire
como si te dijeran: Cuida el alma
de tu silencio, que la nada acecha
de cal y piedra viva en lo esperado.
La hora en que es abril el limonero
de tu *casa profunda*
(“La hora de vivir”, 403).

El poeta reitera su reflexión existencial sobre el ascenso en el descenso, la muerte como materia prima de la resurrección fabulada que matiza el aspecto catastrófico del vértigo. Nos brinda un tiempo para vivir verdaderamente y recuperar las alas al descender al abismo. La historia bíblica nos remite a la visita del Mesías Jesús al profundo abismo para obtener una victoria definitiva sobre la muerte (*Efesios*, III, v. 9-10), en contraste con el desesperanzador aniquilamiento de personajes como Ícaro, que cae agredido por el sol; Tántalo, que ofrece la carne de su hijo Pélope y por ello es hundido en el Tártaro; Atlas, aplastado eternamente por la carga terrestre; Faetón, fulminado por Zeus y precipitado a la tierra; Ixión, Belerofonte, y muchos otros que culminan su existencia en el descenso de la caída abismal (Cf. Durand, 2005: 106).

Memoria y olvido: otra forma del tiempo

Memoria y olvido, la pareja que permite la circularidad del tiempo mítico, su recomienzo, su renovación, la posibilidad de que pueda alcanzarse a sí mismo. Estas formas, que cobran vida en el discurso poético de Quessep, nos invitan a penetrar en su origen para medir las verdaderas implicaciones de una temporalidad construida sobre la dialéctica del olvido y la memoria. En el folclore de la Edad Media india encontramos el relato de la amnesia de Matsyendranath. Una de las versiones cuenta que:

Este maestro yogui se encontraba en Ceilán, allí se enamoró de la reina y se instaló en su palacio y perdiendo la memoria de su identidad fue prisionero de las mujeres y sucumbió a toda clase de tentaciones; pero su discípulo Gorakhnath, sabiendo que su señor por esta debilidad estaba condenado a morir, descendió al reino de Iama, examinó el libro de la suerte, encontró la hoja que hablaba del destino de su gurú y borró su nombre de la lista de los muertos. Luego su discípulo lo encuentra y tras tomar la forma de una danzarina, baila para él una danza enigmática, de esta forma con símbolos, signo secretos, le ayuda a recobrar la memoria, la conciencia de su identidad. Cuando vuelve en sí comprende que la vida carnal conduce a la muerte, que su olvido estaba en el fondo de su naturaleza verdadera e inmortal y que los encantos de Kadali representan el espejismo de la vida profana (Eliade, 1991: 122-123).

Analogías muy parecidas circulan en diversas culturas de Oriente: la amnesia, o cautividad provocada por una inmersión en la vida, y la anamnesis, causada por los enigmas del discípulo que salva al maestro. En el pensamiento mítico indio se multiplican las imágenes del encadenamiento: cautividad asociada con el olvido, desconocimiento o sueño; y las imágenes de liberación y ruptura: memoria y liberación. Algunos poemas de Quessep reflejan muy bien la capacidad de la memoria para romper con las cadenas de la muerte y dar paso a la esperanza de reiniciar el tiempo. Recordar es una oportunidad de vida: “Cada esperanza tiene su memoria,/ su sol de hierro, su llanto de exilio;/ cada esperanza cruza por la muerte/ como a través de un túnel desolado” (“Con dura transparencia”, 75).

La vida vuelve a comenzar cuando se recupera la memoria. Esta expresión se relaciona con el gurú yogui de la historia antes relatada, que también tuvo la oportunidad de comenzar una nueva vida. Pero este recomienzo en el tiempo implica un cambio que conduce a una claridad mayor a la que teníamos antes del olvido. Las vendas han caído y el individuo experimenta un deseo de pureza, una conciencia espiritual de dimensiones místicas que lo distancia de lo profano: “y un camino de lilas/ descende de los ojos/ en quien ha visto más allá de la muerte” (“Memoria de los cuentos”, 237). Recuperar la memoria es recuperar la visión; salir de la ceguera es mirar con nuevos ojos, es ver la vida que nos espera más allá de la muerte, es ir al olvido y regresar transfigurado. El *Chandogya-Upanishad* (VI, 4, 1-2), citado por Eliade (1991), nos habla del simbolismo indio del olvido como la pérdida de sí mismo, el sueño y la desorientación:

Semejante a un hombre llevado por unos ladrones, lejos del ser y capturado en la trampa de este cuerpo. Los ladrones representan las ideas falsas o argumentos falsos; sus ojos están cubiertos por la venda de la ilusión o los apegos a la mujer, la familia o amigos; este hombre se pregunta ¿cómo debo vivir?, ¿existe un camino para la evasión?, ¿dónde está mi salvación? Hasta que por fin como recompensa a su búsqueda es liberado y es consciente del verdadero ser, es liberado de la esclavitud y es feliz, vuelve a casa, es decir, se reencuentra consigo mismo [...] (Eliade, 1991: 124-125).

Buda asegura en el *Dighanikaya* (I, 19-22) que los dioses caen del cielo cuando falla su memoria, y los que no olvidan son eternos e inmutables. Los dioses caídos se reencarnan en hombres y practican la ascesis y la meditación, gracias a lo cual pueden acordarse de sus existencias anteriores y ser liberados de la esclavitud y la muerte. En la cultura griega se registra una creencia parecida y se tienen dos valoraciones de la memoria: aquella que se refiere a los acontecimientos primigenios (cosmogonía, teogonía, genealogía) y la memoria de existencias anteriores, de acontecimientos históricos y personales. El olvido se opone a estas dos clases de memoria. En Grecia existen hombres excepcionales, como Pitágoras o Empédocles, capaces de recordar existencias anteriores y vencer el olvido y, en cierto modo, la muerte (Eliade, 1991).

Tener memoria de las existencias anteriores es descubrir la propia historia, perpetuar las costumbres, encontrar la identidad, unificar los fragmentos aislados de una cultura o de un mito e integrarlos para dejar fluir el destino. La tradición india nos habla del retorno y de la rememoración de existencias anteriores. La poética de Giovanni Quessep sería como un gran “dispositivo” de memoria. El poeta mira con mucha frecuencia al pasado, especialmente al de la literatura. Esta mirada es el reactivo de una reinvención por parte del poeta; su poética está hecha de fragmentos de lo más excelso de las letras y las culturas. Perpetúa el tiempo en su poesía, puesto que puede revivir el mito y hacerlo tan actual como fue hace mil años. La poesía es, pues, una profecía que viene viajando por la memoria: “En cada letra está la profecía/ del eterno regreso del poema./ Tú eres el que vuelve de las fábulas/ y haces la historia del resucitado” (“Profecía”, 366).

A la luz de este recorrido histórico de olvido y memoria resultan más diáfanos a nuestros ojos ciertos poemas en los que se compactan el tiempo, el espacio y las culturas. Parece que la temporalidad histórica no existiese en

la enciclopedia de este universo mítico propuesto por el poeta colombiano. La palabra es sometida a un proceso vital donde constantemente se está vaciando el olvido para activar la memoria. Releamos entonces con ojos renovados un fragmento de “Parábola”:

Sólo entonces comenzaría a *olvidar*
 A *deshacer la historia de la vida* y la de los demás
 La historia de la nieve y la piedra
 Del dragón y la mariposa
 Del hermano o del enemigo
 A *destejer el destino* como quien deshace un dibujo
 Grabado por agujas milenarias en la carne torturada
 Hasta *olvidar* su nombre y el nombre de todo ser
 Así *comenzaría* desde la primera letra del tiempo
 A *contarlo de nuevo*
 A nombrar la leyenda y transformar la fábula en el mundo real.
 real.

(“Parábola”, 105).

El verso “a contarlo de nuevo” implicaría una especie de retorno, volveríamos al tiempo propuesto por los orientales: cíclico, circular. Esta nueva vida conlleva una renovación, ya que no tendría sentido comenzar desde la primera letra del tiempo si no hay cambios, mejoras que lleven al hombre a obtener un espíritu superior. Volver en sí es recuperar el estatus perdido. Eliade (1991) nos remite a la parábola bíblica del hijo pródigo que se volvió en contra de sí mismo, malgastando su vida en deleites temporales y placeres que lo llevaron a la ruina y llegó a trabajar alimentando cerdos, pero un día volvió en sí... Superó la ceguera o el olvido, proponiéndose regresar arrepentido a casa de su padre, encontrarse consigo mismo y, de esa forma, recuperar el estatus de hijo. Su padre le dio un vestido nuevo, símbolo de renovación; un anillo, como símbolo de autoridad, e hizo fiesta celebrando la lucidez que había recuperado. Es decir, la memoria (Cf. *Lucas*, XV, v. 11-32).

En Giovanni Quessep el tiempo es recuperable, el tiempo antiguo y remoto irrumpe en lo cotidiano, sacralizándolo. Es una especie de instrumento renovador del tiempo sagrado, caracterizado por ser repetible y laberíntico. Una y otra vez sus versos nos conducen por el círculo de la vida donde todo gira: “Entre los árboles el viento/ de tempestad augura/ un nuevo co-

lor para la tarde,/ casi imposible como los pasos en el *laberinto*/ todos tendremos que salir a *su ronda*./ Nuestra mirada en el color sin nombre/ verá, sin que la ceniza la nuble,/ el fondo de la vida, como en la rosa blanca/ los otros movimientos del destino” (“La ronda de la vida”, 213).

Quessep insiste en hacer circular el tiempo en una armónica interacción. La luna es el vehículo que emite una temporalidad circular, lenta y dinámica a la vez: cumple fielmente con un recorrido repetitivo e inaplazable, sea al evocar al individuo de la leyenda milenaria o al del cuento contemporáneo. La tejedora nos permite contemplar el tiempo como un entramado que al desbaratarse recomienza con hilos de novedosas tonalidades: plata, oro y seda. El tiempo que habita las dimensiones no riñe con las inversiones que el poeta hace de las lógicas de lo ascendente y lo profundo, pues la caída abismal resulta en triunfo aplastante y ascendente de trascendencia eterna. Adquiere sus últimas pinceladas de misterio en el laberinto que para algunos poetas suele ser un espacio de horror y pesadilla y para otros, un espacio tranquilizador. En Quessep es una imagen de resignación celebratoria, pues todos tendremos que participar en la ronda del tiempo donde se le dirá adiós a la vida.

Bibliografía

- Dürand, G. (2005). *Las estructuras antropológicas de lo imaginario*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Eliade, M. (1991). *Mito y realidad*. Barcelona: Labor.
- _____. (1992). *Lo sagrado y lo profano*. Barcelona: Labor.
- Giuseppina, M. (2007). *Diccionario Akal de mitología universal*. Madrid: Akal.
- Holguín, A. (1974). *Antología crítica de la poesía colombiana*. Bogotá: Biblioteca del Bicentenario del Banco de Colombia.
- Molano, A. (2004). *La poesía de Giovanni Quessep. Crítica, tradición y perspectivas*. Tesis de grado. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- Ordoñez, J. (1998). *La fábula poética de Giovanni Quessep*. Cali: Gobernación del Valle del Cauca.
- Quessep, G. (2007). *Metamorfosis del jardín. Poesía reunida (1968-2006)*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- Solarte, F. (1988). *El olvido cantable de Giovanni Quessep*. Tesis de pregrado. Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá.
- Vila, S. y Escuin, S. (1985). *Diccionario bíblico ilustrado*. Barcelona: CLIE.